

EL

ALBUM DE LA MUJER

ILUSTRACIÓN HISPANO-AMERICANA.

DIRECTORA, CONCEPCIÓN GIMENO DE FLAQUER



PRECIO DE SUSCRICION.

En México.....\$ 3 00 trimestre adelantado.
En los Estados..... 4 50 " " "
En las Repúblicas del Sur y Centro Amé-
rica..... 0 00 semestre adelantado.
En Europa los agentes fijarán los precios.

Números atrasados, 50 centavos.

AÑO V.—TOMO IX. —NÚM. 21
MÉXICO, 20 DE NOVIEMBRE DE 1887.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,
Calle Amor de Dios número 7

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

El *Album de la Mujer* se publica todos los domingos, resultando 4 veces cinco números mensuales, dándose además como suplemento a los suscritores, con cada número, *Un periódico mercantil y de noticias*.
La suscripción es por trimestre ó semestre.

Apartado en el Correo núm. 604.



El libertador de los israelitas ante Jerusalem

CLICIE Y LEUCOTHOE.

I



Las graciosas divinidades del Olimpo respiraban tranquilas en los floridos valles de la Grecia: la Thesalia, el Pireo y el Himeto, juntaban sus voces con armonía infinita, y en tanto los mares de la Jonia recataban celosos en su tranquilo fondo, el mágico cuerpo de la sirena; ténues y sonrosadas auras esparcían imperceptibles velos sobre aquellos hermosos dioses, y las divinas musas cruzaban el éter, saturándolo de inefables armonías.

El paganismo sonreía en el hermoso suelo de Grecia, y donde quiera que la mente humana se fijara, descubría torrentes de poesía, emanados de aquel risueño Olimpo griego, tan íntimamente enlazado á las necesidades y aspiraciones de la edad dorada, de la poesía y del arte.

Hojeemos, si bien ligera, muy ligeramente, una de las más poéticas páginas del paganismo, iluminada hoy, á pesar del trascurso de tantos siglos, por la bella luz de Delfos, la más intensa que parte del mundo antiguo.

II

Los caballos del Sol descansan hacia Poniente de las fatigas del día, alimentándose de ambrosia en vez de hierba, y amparada por las sombras de la noche, la bella Leucothoe repite enamorada las apasionadas palabras que el brillante Febo, el hermoso Apolo, deslizará á su oído durante los rápidos momentos que el hijo de Júpiter y de Setona admiró su hermosura, objeto de constante envidia entre los demás dioses, no exentos de pasiones hacia las hijas de la tierra. Mas quiso la adversa suerte que espiondo el travieso Céfiro la perfumada huella de su esposa Flora por las rientes florestas griegas, recogiera las palabras del dios, y descuidado y juguetón las llevara ó oídos de la celosa Clicie, la cual, comprendiendo la infidelidad de su adorado Apolo, y ardiendo en deseos de venganza, voló á comunicar al feroz Orcano la infausta nueva de la liviandad de su hija Leucothoe. En vano la atribulada ninfa protesta de su inocencia, diciendo que Febo se introdujo en su aposento bajo la respetable figura de su madre Eurinome, para que naciera la confianza en su pecho: enfurecido Orcano, manda enterrarla viva, y bien pronto la arena que cae sobre el cuerpo de la infortunada Leucothoe, ahoga sus amargos lamentos, y Clicie, al presenciar el suplicio de su rival, se cree otra vez en completa posesión del amor de Apolo.

III

Entreabre la Aurora con sus rosados dedos las puertas del Oriente, y el rubicundo Febo aparece en el horizonte, enrojeciendo con sus fuegos, penetran sus miradas ardientes hasta las más ignoradas profundidades de las selvas y llénase de desesperación, al comprender la perfidia de que ha sido objeto su amada Leucothoe, durante las horas de la noche que preside la inocente Diana, á cuya candidez se ocultan las maldades de los hombres.

En vano Febo, poseído de vehemente dolor, dirige sus ardorosos rayos al sitio donde enterrarán á la desventurada ninfa; en vano sus esfuerzos logran entreabrir la tierra que la cubre, siempre dócil á la benigna influencia del Sol; la pobre Leucothoe había muerto bajo el peso de la arena, cuando su amante acudió á su socorro.

Febo, después de hacer extremos de dolor ante el cadáver de su amada, viéndose impotente para devolverla la vida, pidió á la ruborizada Hebe la copa guardadora del néctar que servía la diosa de la juventud á los demás dioses, antes de la triste circunstancia que obligó á Júpiter á dar ese cargo á Ganímedes, y roció con ella el cadáver de Leucothoe. Al instante el hermoso cuerpo de la ninfa echó raíces en el suelo, y al fin brotaron de la tierra las varas que producen el incienso, obedeciendo la voluntad del desconsolado Febo, que quiso así eternizar en la memoria de los hombres sus desdichados amores con la infortunada hija de Orcano.

Cumplido este triste deber, Febo prosiguió su interrumpida marcha por el horizonte; la naturaleza vistió, como de ordinario, sus mejores galas, para honrar la diaria visita de Apolo, mientras en el centro de la Jócida se destacaba, entre velos de oro, el hermoso templo del cándido dios del amor, y Crispilax, el ministro subalterno del templo de Delfos, después de tejer coronas con el laurel que crece junto á la fuente Castalia para los poetas destinados á alcanzar el favor de Apolo, se entretenía en disparar sus flechas contra los bulliciosos pájaros que se posaban un momento en la cabeza ó en los hombros de las armónicas estatuas que adornaban los alrededores del templo, erigido en Delfos al dios del arte y de la poesía griega.

IV

Ni una mirada cariñosa tuvo Febo para la pobre y enamorada Clicie, causa de la muerte de Leucothoe, y ella, al ver su desvío, rehusó angustiada la compañía de las demás ninfas, hallando únicamente consuelo á su dolor, vagando sola por las vírgenes florestas, desnuda, suelta la hermosa y profusa cabellera, sin probar otro alimento que sus amargas é incesantes lágrimas. Poco á poco fué perdiendo la pobre Clicie sus admirables encantos, su cuerpo se adhirió á la tierra, tomó su parte inferior un color cárdeno y, por fin, su lindo y acongojado rostro, se trasformó en la hermosa flor que llamamos *Girasol*, para así seguir eternamente desde el misterioso mundo de las plantas, á su amado Febo, en su diurna carrera, dándole la última y suprema prueba de su inmenso amor!

V

Los siglos que nos separan de las edades griegas no han logrado borrar de la tierra la poética huella del paganismo; nuestras modernas sociedades encierran notables reminiscencias de aquella armónica religión, y la amorosa naturaleza, á despecho de las contundentes explicaciones de la ciencia, nos recordará siempre, en sus varias evoluciones, las poéticas creaciones de la inagotable fantasía griega. Por eso el emblema del amor pagano, tan humano en sus manifestaciones, que simbolizan Clicie y Leucothoe, subsiste todavía con toda la fuerza de su risueño encanto, y cuando en nuestras catedrales góticas se quema el oloroso incienso ante el ara y en tanto las graves notas del órgano resisten de dulce melancolía nuestro sér, envuelta con el humo de los incensarios, creemos ver el alma enamorada de Leucothoe elevarse hacia los atrevidos arcos del cristiano templo y filtrar sus caladas ojivas, para dirigirse al encuentro del brillante Febo, mientras que en la apacible soledad de los campos la cándida Clicie, convertida en girasol, sigue amorosa todos los movimientos del fecundador de la vida universal, como para atestiguar una vez más las indelebles huellas que dejara en el mundo aquella armónica religión pagana, cuyo dulce recuerdo irá siempre unido al de los más bellos tiempos de la poesía antigua.

Madrid, 1887.

JOSEFA PUJOL DE COLLADO.

EL VIENTO.



El viento despertó aterido en la cima de la montaña más alta de la tierra, siempre cubierta de nieve. Su desperezar fué terrible, pues pareció que la cordillera temblaba, y la nieve comenzó á rodar por las laderas, arrastrando cuanto encontraba á su paso. Luego el viento se agitó y rugió:

—¡Tengo frío!

Huyó del monte dando saltos tan grandes, como no los ha dado el animal más ligero. Los árboles más añosos se inclinaban á su paso. El viento no hacía más que tocarles y se doblaban. Al llegar á los valles sintió ya el calor de la carrera y continuó rugiendo y saltando. Otra montaña le cerró el paso, y después de haberla azotado como si quisiera derribarla, subió á sus picachos, desgañando árboles y derrumbando rocas, y saltó al lado opuesto. Allí estaba el mar.

—¡Despierta, hermano! —bramó el viento.

¡Aquí estoy yo!

—¿Por qué vienes á turbar mi reposo? —preguntó el Océano.

—Quiero jugar contigo. Despierta.

Y para desperezarle, el viento le sacudió con sus robustos brazos.

El mar se entregó al viento, que le levantó hasta las nubes y le dejó caer con estrépito; luego bajó á cogerle al fondo del abismo, y como los locos, saltaron, corrieron, brincaron bramando, silvando y rugiendo.

—¿Dónde está el rayo? —exclamó el viento. —Me gusta jugar contigo, oh mar, cuando su luz siniestra enrojece las nubes!

—Aquí estoy —exclamó con acento metálico.

—¿Quién habla?

—Yo.

—¿Quién eres?

—El telégrafo.

—¿Qué tiene que ver el telégrafo con el rayo?

—El hombre me ha sujetado á este alambre, y ha aprovechado mi velocidad para suprimir el espacio.

El viento soltó una carcajada. Al oírlo, las ballenas y los tiburones se espantaron y huyeron hacia el polo.

—¡Sólo falta—dijo el viento—que el hombre suba á las nubes y te aprisione!

—Ya lo ha hecho. Pone el pararrayos encima de su morada, y á él me tiene encadenado.

—¡Necio! Te creía más fuerte. ¡Nubes, abríos y azotad la casa del hombre! ¿Dónde estais?

Aquí, contestó una voz estridente:

—¿Quién habla?

—La locomotora.

—¿Qué tiene que ver la locomotora con las nubes?

—Las tengo aprisionadas en mi seno. En vez de flotar en el espacio se retuercen dentro de las paredes de mi caldera, y convertida en fuerza arrastran los trenes y suprimen las distancias.

—¿Quién ha podido tanto?

—El hombre.

—¡Mar!—bramó el viento.—Tú no te dejas aprisionar como el rayo y las nubes.

—Yo tenía un secreto—dijo el mar—tenía abrazado un mundo y le escondía á todas las miradas. El hombre lo adivinó, y un débil leño bastó para arrebatármelo

—¿Qué es el hombre?

—El que á tí te domina.

—¡A mí!—rugió el viento.

Y su cólera sacudió las aguas, que se convirtieron en montañas.

—A tí—añadió el mar—te obliga á mover las aspas de un molino y á hinchar las velas de un buque.

—¿Quién ha dado su poder al hombre?

—El que me puso por valla á mí, infinitamente grande, el grano de arena, que es lo infinitamente pequeño: Dios.

—¿Qué tiene el hombre que le hace superior á nosotros?

—El alma, reflejo de la Divinidad.

Hé aquí por qué aprisiona el rayo y el vapor; hé aquí por qué también á tí te encadena y por qué sorprende mis secretos, me arrebató un mundo y me obliga á sostenerle cuando me cruza, azotándome con la hélice; hé aquí por qué te fuerza á tí á empujarle hinchando las velas de sus buques.

Barcelona, 1887.

TEODORO BARÓ.

REVISTA DE MODAS.



Si algo pudiese añadir á la minuciosa reseña de tejidos y colores de la estación, examinada en casa de Aguado, ocasión tendría con el rico surtido que ofrecen *Los grandes almacenes de Santa Cruz*, en la plaza de su nombre. Conocido es de nuestras lectoras el gusto que tiene acreditado esta casa, y en sedería, cachemires lisos y listados y género de confección, hay tanto y tan variado en estilos y colores, que sería imposible su enumeración.

Listas y lunares, cachemires lisos y de combinación, terciopelos en todos los estilos y colores y lanería bordada, ofrecen en sus múltiples gustos mucho campo al deseo más descontentadizo. Como ya indiqué en mi revista anterior, los abrigos cortos seguirán dominando, atentos al volumen del vestido, que sigue en todo su desarrollo; y en este gusto he podido admirar *visitas* de diferentes formas en peluche y siciliana bordada, con piel de castor y chinchilla, con pasamanerías mates de gran novedad, y abrigos largos para mañana y días de lluvia, formando todo ello surtido digno de tan acreditada casa.

Deber mio es, una vez conocidas las telas de novedad, dar cuenta de las hechuras que se indican. He podido ver en un traje de terciopelo y moiré negros, hecho para una novia, un cuerpo con dobles delanteros, los primeros de moiré y los segundos de terciopelo, cerrados encima con cinta de moiré, que pasaba por ojales muy grandes, hechos en el terciopelo, y se cruzaba como el abrochado de un justillo; otros tienen un delantero con solapa y otros con plie-

gues, y en las tónicas princesa son muchos los delanteros que carecen de pinzas para ceñirse del talle, recogiénose con unos pliegues que sujeta un broche ó un lazo. Las faldas tienen mucho de artístico, pero afectan gran sencillez, sobre todo las de calle; su gracia consiste en la naturalidad de los drapeados y en alguna quilla de distinta tela ó adorno, pero en cambio los de telas ricas de salón son verdaderas maravillas de complicación. Uno botón de oro con encajes blancos, hecho en París para una célebre actriz, tiene cola manto de raso blanco, listada de peluche, botón de oro, y otro de rayas salmón, raso y moiré, se combina con terciopelo marino, llevando la parte de la derecha de la falda de terciopelo plegado, terminando en cascada y una pequenísima punta en pañier liso al lado contrario, que terminaba con un lazo de moiré marino, orillando este adorno una franja ancha de cristal movable de igual color. El cuerpo, escotado, lleva un delantero con vuelta en solapa de tela rayada, y otro orillado de la misma franja de cristal ya citada. Los cuerpos tienen, por regla general, tendencia á cortos, es decir, con aldetá casi nula y las faldas á sostenerse huecas por el sistema de aros ya conocido. Las mangas son igualmente caprichosas, con bullones y manguito ceñido de otra tela, ó figurando abiertas sobre otra de distinto color ó tejido.

La proximidad de las carreras de caballos será la señal de lanzarse al pañel que de la moda los nuevos sombreros de invierno; los redondos tendrán copas mucho más moderadas, y las mismas capotas llevarán el fondo menos alto, pero lo que pierden por este lado lo ganan por los adornos descomunales en forma de penacho. He visto un modelo de fieltro beige, de copa no muy alta; pero con gran ala caída de atrás y muy levantada de adelante, forma *Directorio*, de terciopelo con lazo de moiré delante y pluma por fuera en penacho. Una capota de terciopelo marino con vivos de raso oro, forma un bullonado poco abultado con ruche por delante y lazo descomunal de cinta de los dos colores y gran pluma azul. Otro redondo, de ala avanzada sobre la frente, con encaje y gran pluma, que cruza por encima de la copa, y dos modelos, en fin, que no me resisto á olvidar en mi reseña. El uno, *guardia francesa*, de fieltro gris, tiene el ala vuelta en pico de un lado, y forrada de terciopelo pizarra; su copa es baja, y sobre ella se agrupan graciosamente lazadas y nudos de una cinta escocesa de moiré gris y rosa. El otro modelo, *esmeralda*, de copa baja también, y por lo tanto, símbolo de la moda nueva, es redondo, de terciopelo granate, de copa cuadrada, pero baja y con ala ancha, doblada de un lado y con bullonado de terciopelo alrededor, completándole por delante lazadas de terciopelo y un pájaro con las alas abiertas. Las capotas destinadas á señoras de respeto, llevarán bridas cortas, pero la mayoría se harán sin ellas, y los sombreros redondos tendrán el primer lugar como en la actualidad. Habrá también algunos sombreros *toque* (gorritas), delicioso tocado, que sienta cual ninguno á las jóvenes, y que se harán en las telas de los vestidos ó en peluche nutria, marino ó mirto; pero éstos, lo mismo que el calañés, del que han venido algunos modelos, no pueden considerarse más que como variedades de la moda principal y tocados propios de mañana ó salidas de poca pretensión.

Madrid, 18 de Octubre de 1887.

JOAQUINA BALMASEDA.

LA GOTA DE AGUA.

A mi sobrina Amparo.

I

Ven, Amparo, querube de los cielos,
Astro que empieza á descender los velos
De la existencia en el risueño oriente,
Ven junto á mí, que todos mis anhelos
Cifro en la infancia cándida, inocente,
Manantial de dulcísimos consuelos.

Apenas ocho hermosas primaveras
Al esmaltar de flores las praderas
Besaron con su aliento tus mejillas,
Y si atenta mis canas consideras,
Verás por qué te siento en mis rodillas
Para contarte historias y quimeras.

Pero antes, mis pupilas fatigadas
Inunda con la luz de tus miradas.
¡Qué hermosos son tus ojos, vida mía!
Zafiros de aguas limpias, irisadas
Por espléndido sol de mediodía
Irradiando emociones ignoradas!



Alfarería artística



Idolatria



Estados Unidos del Norte.—El rio Hudson

Es el candor que pudoroso asoma
A esos tus dulces ojos de paloma;
Candor inmaculado y verdadero;
Pureza que en tus ojos cuerpo toma;
De aurora hermosa es el albor primero,
Del corazón en flor el blando aroma.

Ojos humildes como azules violas
Que entre lirios, adelfas y amapolas
Y al peso de las gotas de rocío
En los campos inclinan sus corolas;
Ojos que ahuyentan el pesar sombrío
Al poder de sus mágicas aureolas.

El pesar ¡ay! ¿qué sabe de pesares
El ángel adorado en los altares
Erigidos por padre amante y tierno?
¿Qué entiende de dolor en sus cantares
Ave abrigada por calor materno
Oculta entre los verdes tomillares?....

Cual la greda que grata y olorosa
Debe su aroma á la fragante rosa
Si de ésta bebe la oriental esencia,
Así, á tu lado, buena y candorosa
Mi alma será si en ella, cariñosa,
Su tallo alza la flor de tu inocencia.

II

¡Ay gacela, gacela
De ojos azules,
Que por áridos riscos
Alegre subes
Libre y ligera
Como aromada brisa
De las florestas!

Mariposa que intacto
Lleva en sus alas
El polvillo de oro
Con esmeraldas,
Y que libando
Néctar, espárcese trémula
De luz mil átomos:

Arroyuelo de puras
Y azules linfas
Que corre entre gardenias
Y clavellinas,
Retratando sereno
En sus limpios cristales
La luz del cielo:

Avecilla que tiene
Por blando nido
Corazones honrados,
Santo cariño,
Que no hay ni cabe
Nido como el regazo
De santa madre:

Llama que despidiendo
Suaves calores
Inunda de ventura
Dos corazones,
Que, si ayer tristes,
Al amor de esa llama
Hoy son felices:

Goma rica en fragancia
Cuyo perfume
En blancas espirales
Al cielo sube,
Que sube al cielo
Y tiene amor de padre
Por pebetero:

Rayo de sol naciente
Claro y purísimo,
Que un hogar ilumina,
Hogar bendito
Do la inocencia
Todo allí lo embellece,
Orna y alegra:

Sonido vagaroso
De éólicas arpas
Por genios invisibles
Siempre pulsadas,
Que allá, en la noche,
Al amor de dos séres
Tierno responde:

¡Cómo al ver en tus ojos
Tanta pureza,
Arrobada y en éxtasis
Mi alma se queda!
Y cuánto tiemblo
Si en algo que tú ignoras
Entonces pienso!

Ese *algo* es ¡ay! tan triste
Como aquel lirio
Que viste ayer mustio
Por el granizo,
Que en vez de aljófár
Abrigó muerte y duelos
En su corola.

Es cual grito angustioso
De aquel zenzontle
Que vimos en las garras
De buitre enorme,
Mientras la madre
Desde el nido lanzaba
Sus tristes ayes.

Es como inmunda oruga
Que á fresca rosa
Hace temblar de espanto,
Negra carcoma
Que, cual la envidia,
Deshojó tantas flores
Con su mordida.

Ese *algo* es este mundo,
Mar tempestuoso
Cuyas aguas ya surcas
Y yo abandono;
Breve jornada
Que empieza con sonrisas
Y acaba en lágrimas.

Es ese torbellino
De las pasiones,
Que arrastra árboles fuertes,
Rocas y flores,
Y ¡ay! de la niña
Que le tiende los brazos
Con fe sencilla!....

No, no. Son, alma mía,
De mis afectos
Infundados temores,
Precoces miedos.
¡Te quiero tanto!....
Tú siempre serás buena.
¿No eres Amparo?

Amparo! Feliz nombre,
Nombre bendito
Que enuncia paz, ventura,
Gozo y cariño,
Como ese cielo
Donde encuentran refugio
Justos y buenos....

¡Si hubieras, cual yo, visto
Con cuántas ansias
Tus padres cariñosos
Te deseaban
Cuando á la vida
De tu alma el capullo
Aun no se abría!....

¡Si tuvieras memoria
Del ángel rubio
Que al bajar de las nubes
Te dió su arrullo,
Y el tierno beso
Que posaba en tu frente
De amores lleno!....
Dormidita en tu cuna
Te puso el ángel,
Y temblaron de gozo
Tus buenos padres,
Y desde entonces
Amparo fuiste, niña,
De corazones!....

Allá, en antiguo libro,
Cual yo, muy viejo,
Que historias orientales
Contiene á ciento,
Hállase una
Que á referirte paso.
Mi niña, escucha:

III

Bajaba, de las nubes desprendida,
Una gota á la mar; estremecida,
«¡Cuánta agua! — exclama — ¡Qué extensión! Soy nada
Con semejantes olas comparada!»
Cuando este pensamiento ella concibe,
Una concha en su seno la recibe,
La abriga cariñosa de tal suerte
Que en perla hermosa y rica la convierte,
Y ora brilla en la frente de un rey puesta.
¡Tal premio consiguió por ser modesta! *

IV

Pues ya escuchaste, Amparo,
De un vate persa
La historia en que ensalzada
Va la modestia,
¡Joya celeste
Que en tus azules ojos
Engarce tiene!

Dame por ella un beso
Blando, dulcísimo,
Así.... como aquel ósculo
Del angelito.
¡Felices padres
Los que tienen por hijos
Tan rubios ángeles!

* Del poeta persa Sadi.

PASAPORTE.

Yo, Don Liborio Salinas
De Velarde y Camarena,
Marqués de Loja y Balbuena
Vinculado en... Filipinas;
En nombre —

De Don Alfonso,
Concedo libre y seguro
Pasaporte á Don Alonso
De Leyva — que desde Muro
Camina para Laureles,
Y de allí rumbo á Medina
Cruzando por la marina
De Colombres á Pendueles.
Así —

Le suplico á todos
Los Jueces de casa y corte,
Que al ver este pasaporte
Traten con legales modos
Al Don Alonso citado;
Y si durante su viaje
Necesita de... carruaje
O de caballo ensillado,
Porque se vaya de recio
Echando leguas á envite...

Oaxaca, Noviembre de 1887.

Le den lo que solicite,
Todo por su justo precio.

—Filiación:
—Veintidós años;

Soltero, sastre y pintor;
Boca chica y buen color;
Cejas y pelo castaños;
Orejas de media vara;
Labios gruesos y fruncidos;
Ojos garzos y dormidos;
Cortas la frente y la cara;
Barba y nariz, regulares;
Alto, de buen continente;
Por señas particulares...
Una berruga en un diente!

—Firma

—del interesado

Con rúbrica é iniciales;
Derechos, ochenta reales.
Para tinta y alumbrado.
—Belchite del Zancarrón,
Octubre tres por la tarde,
Un sello.—S. y Velarde:
Es copia

ANTONIO ESCANDÓN.

VICTORINA Ó HEROÍSMO DEL CORAZÓN.

NOVELA ORIGINAL

de Concepción Gimeno de Flaquer

(Continuación.)

En las reuniones de su casa le daban mucha importancia á la atrevida locuela: las noches que se ponían juegos ingeniosos, Nieves brillaba sobre todos los demás. Tenía gran penetración, imaginación viva, palabra fácil y suelta: nadie adivinaba con más prontitud que ella los geroglíficos, charadas, logogrifos y otros juegos intelectuales á que se habían aficionado los contenteros de la condesa. Mario y Victorina se habían entregado á su amor puro y constante, á aquel amor que no habían enfriado los obstáculos, á aquel amor que no habían apagado las luchas y contrariedades.

Mientras Nieves ocupaba á todos con su verbosidad, una noche en que se había presentado más soberbia que nunca por los triunfos alcanzados en el día anterior, la condesa hablaba privadamente con el poeta-pintor.

—Cuán felices somos, Victorina de mi alma,—le decía sumido en éxtasis arrobador.

Mil existencias no serían suficientes para comunicarse nuestros enamorados corazones cuanto han callado.

¿No es verdad que me amas mucho, hermosa mía?

—Sí, Mario, te amo mucho y me complazco en decírtelo ahora que nada se opone, ahora que puedo entregarme á tu elevado amor sin faltar á ningún deber religioso ni social.

—¿Me has amado siempre cual hoy, Victorina?

—Este amor nació antes de conocerte, mas lo supe sacrificar á la felicidad de aquella mujer que moría por tí, y al deber que me imponía mi estado.

—¿Qué abnegación se necesita para casarse con un hombre que no se ama, y serle siempre fiel!

—Yo me casé por separarte de mí: porque vieras en ese himeneo un imposible para el logro de tus deseos; porque te enlazaras á la que necesitaba tu amor para vivir.

—Cumpli perfectamente los deberes que me enseñaste tú, de manera que hemos sido dos héroes. ¡Bien merecemos la dicha que estamos gozando, las venturas que nos prepara el santo lazo, la cadena que haremos de flores, el yugo suave y encantador que nos conducirá al Eliseo de nuestros poéticos, y enamorados sueños.

—¡Dios da más dichas que pesares, amado Mario!

—Las da á quien acata su voluntad, por más que no la encuentre conforme con los deseos de su exigente fantasía.

—El placer que experimentamos es más grande, porque nuestro amor es legítimo, porque es un amor que no envilece, que no hace sonrojar.

—¡Oh, nuestro amor nos hace buenos, nos aproxima á las célicas regiones, nos convierte en ángeles, nos inmortalizará!

—Victor Hugo, ese escritor tan original, esa inteligencia tan elevada, dice en un capítulo de sus obras que trata del amor: «En un corazón enamorado no puede germinar un pensamiento indigno, como no puede germinar una ortiga en un ventisquero. El alma elevada y serena, inaccesible á las pasiones y á las emociones vulgares que dominan las nubes y las sombras de este mundo, las locuras, las mentiras, los odios, las vanidades y las miserias, habita en el cielo y no siente sino las conmociones profundas y subterráneas del destino, como las cimas de las montañas sienten los temblores de tierra.»

¿No te parece, querido Mario, que Victor Hugo tiene razón?

—Muchísima: un corazón enamorado sólo respira en atmósfera de pureza, en mundos etéreos, diáfanos é infinitos.

—Sí; el amor se asemeja al genio, que engrandece cuanto toca.

Estas amorosas pláticas se repetían diariamente: Mario y Victorina se amaban con un amor delicado, espiritual.

Nieves, que los veía tan dichosos, pues la alegría del amor no puede ocultarse, había llegado á tener celos de la ventura de Victorina.

Sobre todo no podía perdonar á Mario el que no se le hubiese rendido cual todos; para ella era un crimen que Mario pasara por su lado sin detenerse á contemplar su belleza.

Tenía la pretensión de impresionar á todos los hombres con su hermosura, y creía que todos los corazones le debían pertenecer. Así es que no podía ver á las mujeres que tenían amantes; le parecía que todas le usurpaban algo y ese algo era el culto que no le rendían. El incienso quemado en los altares de las otras despedía para ella un humo que no podía soportar: era un humo que la atufaba. Siempre que tenía ocasión interrumpía los diálogos de Mario y Victorina; otras veces le presentaba su álbum al poeta-pintor, obligándole á que le dedicara alguna composición. Doña Clara decía frecuentemente á su sobrina:—esa chiclela te dará muchos disgustos, es muy altanera, muy despótica y voluntariosa.

Victorina la defendía de cuantas acusaciones se le dirigían.

Compadecease de su orfandad, y la tenía mil consideraciones; ella correspondía con desdenes é ingratitud.

Un día se hallaba Victorina con Mario en su gabinete, y Nieves se introdujo en él con el objeto de turbarles su dicha, cual siempre lo hacía.

La conversación se hizo general, y poco á poco se fueron engolfando en asuntos filosóficos.

Oigamos las ideas que vertía Nieves respecto al matrimonio.

—Yo opino,—decía ufana—que el himeneo es la tumba del amor, el acibar de la felicidad.

—Está usted en un error, Nieves: nada más dulce que tener una compañera interesada en nuestras penas y alegrías, un sér que nos comprenda y que goce con nuestras glorias. Los placeres se duplican en esa vida íntima. Un marido es para ustedes un guía, una sombra protectora, una columna que sostiene á la familia.

—Todas esas felicidades que está usted enumerando pueden experimentarse en otro estado.

—No concibo felicidades tranquilas fuera del matrimonio.

—En cualquier estado se encuentran mayores: es muy natural que dos personas que simpatizan busquen el mismo nido y vivan juntos identificados; pero es una locura hacer indisolubles unos lazos que el desamor quebranta.

No hay ningún afecto eterno en este mundo, en que todo es percedero. ¿Puede imaginarse alguna situación más cruel que la de dos seres que se aborrecen viviendo bajo un mismo techo? Esos seres hacen un infierno de la vida; dan un escándalo diario ó tienen que sujetarse á fingir que se aman. ¡Farsa repugnante; vergonzosa hipocresía!

—Nieves, ¿te han enseñado esas ideas en el convento?—preguntó Victorina.

—En el convento se vive en gran atraso y no conocen estas ideas, que son innatas en mí.

¡Rara ocurrencia hablarme del convento! Un convento es la rémora á la civilización; es la morada del atraso, de la ignorancia, del oscurantismo, de la preocupación estúpida, de la necia superstición. ¿Qué puede salir de ese foco de ignorancia?

—Observo, Nieves, que tiene usted ideas muy avanzadas, y sobre todo muy demoleedoras.

—Por más que ustedes peroren en pró del himeneo, no me convencen; me parecen rancias teorías. En la unión espontánea de que yo hablo hay más entusiasmo, más vehemencia, porque existe el temor de perder á la persona amada, autorizada para desunirse cuando no le agrade el pacto condicional; por ese temor se estimulan los amantes por aparecer tiernos y cariñosos, y se proporcionan mutuamente mil felicidades, que descuidan cuando se hallan unidos por eternos lazos. El amor muere; cuando un amante nos inspira hastío podemos tomar otro, y la vida tiene más encantos con nuevas distracciones.

—Me asustan tus ideas, niña.

—Usted debía pensar como yo, Victorina; lo demás es no estar á la altura del siglo en que vivimos.

—Las venturas que el santo matrimonio nos hace sentir, son más verdaderas, están legitimadas y podemos gozarlas á la faz del mundo.

—No me ocultaría yo para gozar á la faz del mundo los placeres que me ofrecieran mis amantes.

—Nieves, no digas eso ni en broma; es un horrible cinismo que te deshonra. Siempre rebajan los alardes de inmoralidad; siempre atraen el desprecio de los que nos rodean. Por libertino que un hombre sea, busca en su mujer religiosidad. Si sientes lo que dices, cállalo, pues no te favorece.

—Tal vez algún amor puro como los que pintan ustedes los poetas, tal vez algún amor platónico, espiritual, me haga cambiar de opinión y concluya por dar al sentimiento que me anime cierto tinte religioso.

¡Esperemos que me purifique un gran amor!

En el corazón de Nieves se iba desarrollando una gran antipatía hacia Victorina.

Nieves era vehemente para odiar y para todas las malas pasiones.

Había heredado del alma de su padre, toda su ruindad y bajeza. En su corazón no podía albergarse ningún sentimiento elevado. Se propuso desprestigiar á Victorina en el concepto de Mario, y creaba las más sutiles invenciones, los ardides más estratégicos. Le dirigió á Mario un anónimo desacreditando á Victorina por todos los medios imaginables.

El poeta-pintor miró el anónimo con el desprecio que merecen ser mirados esos escritos infamatorios, trazados por una mano alevé y cobarde.

No obteniendo nada por este medio, falsificó la firma de Victorina, y escribió una declaración á un inglés flemático y grave que frecuentaba la casa con bastante confianza: la introdujo en un sobre, y se la dirigió á Mario por el interior.

Mario conocía á fondo el alma perversa de Nieves, y le aseguraba á su amada que la huérfana era la autora de todas las tentativas inventadas para desunirlos y romper la armonía que gozaban.

Victorina no podía creer tanta infamia en aquella por quein tanto se sacrificaba.

La casa de la condesa era un infierno: doña Clara despreciaba á la *audaz chicuelo*—como ella le llamaba—por los disgustos que daba á su inofensiva sobrina.

En este estado se hallaban las cosas cuando una mañana se presentó en el cuarto del poeta su amigo Alberto, el vizconde de la Plata.

Mario quedó notablemente sorprendido.

—¿De dónde vienes, calavera?—le dijo acariciándole.

—De Valencia, de visitar á mi familia.

—¡Picaro, tanto tiempo sin escribirme!

—Discúlpame; he estado entretenido con una norteamericana muy graciosa.

—¿Y qué es de ella?

—Por allí quedó.

—¿Has hecho dimisión de tu destino?

—De ningún modo, están muy contentos de mis servicios y me doy por allá una gran importancia.

—¿Cómo has venido á la corte estando empleado?

—Me han dado siete meses de licencia, gracias á mis buenos empeños.

—Eres un hombre que consigue cuanto quiere; podemos apellidarte la segunda edición del hombre feliz.

—Sé manejarme bastante bien.

—Dí que te sopla el viento de la fortuna.

—Cuéntame cómo llevas tus asuntos, señor viudo. Al recibir la carta en que me anunciabas la muerte de Cándida, deploré el matrimonio de Victorina con el conde de Champ-Fleury; luego he visto en los periódicos de Francia que se lo ha llevado el demonio, y me congratulo de tan próspero acontecimiento. Ahora gozarezis por lo mucho que habeis sufrido.

—El destino me persigue encarnizadamente, ensañándose sin piedad en mi aflicción: se ha alzado un estorbo, un fantasma que asesina nuestra ventura. Mario refirió á su amigo la historia de Nieves y su infame conducta para con Victorina.

—Yo te libraré de esa bastarda, no te preocupe nada acerca de este particular.

—Siempre tan servicial.

—Te quiero verdaderamente, y á pesar de mi insensibilidad, todo cuanto se refiere á tí deja eco en mi corazón.

—Jamás he dudado de tu buena amistad.

—Mañana iremos juntos á visitar á la condesa; deseo verla, su nuevo estado la hace interesantísima á mis ojos. Una viuda joven me atrae sobremanera; me fascina, conmueve toda mi indiferencia y frialdad habitual.

No desconfes de mí por lo que acabo de decirte; Victorina es sagrada, sólo me inspira respetuosa admiración.

—¡Qué buen humor tienes, Alberto!

—Hablo en serio. ¿No encuentras que me he vuelto formal?

—Mucho, señor diplomático. Te dejo porque me llaman mis asuntos periodísticos.

—¿Hasta cuándo?

—Hoy no como contigo, porque el director nos ha citado á todos los redactores en una fonda que se acaba de abrir.

—¿Sabes para qué es la cita?

Para tratar de una importante reforma en el periódico.

—Nunca se puede contar con los escritores.

—Desde mañana te perteneceré, podrás disponer de mí como mejor te plazca.

Adiós, querido Alberto, no sé á qué hora volveré.

—Haz hoy lo que gustes; mañana te ataré corto, pues te vas volviendo muy callejero.

El vizconde hizo que le prepararan un cuarto confortable, y se entregó largas horas á las delicias de Morfeo, al que siempre rendía gran culto.

Mario pasó el día con sus colegas y se retiró muy tarde.

Al día siguiente, á prima noche, fueron los amigos al palacio de la calle del Prado.

La condesa recibió al vizconde con cariñosa finura y franca alegría.

Continuará.

EXPLICACIÓN DE LAS ILUSTRACIONES.

El libertador de los israelitas ante Jerusalem.—Moisés, el gran legislador del pueblo Hebreo, no pudo acabar su obra por disposición del Altísimo: desde un monte cercano contempló la tierra prometida que no debía pisar jamás, según precepto divino. Nació en Egipto el año 1725 antes de Jesucristo, y murió en Nebo en 1605. Estuvo en el desierto Madian donde casó con Séfora, hija de Jethro. Se atribuye á Moisés el libro sagrado *Pentateuco*, que contiene la historia de la creación del mundo hasta la entrada de los hebreos en la tierra de Canaan, y un código de leyes políticas y religiosas.

Alfarería artística.—El arte engrandece cuanto toca: causa verdadera sorpresa el observar que de un puñado de tierra, de la humilde arcilla, se hagan objetos dignos de figurar entre magníficas creaciones. Grandes han sido los progresos de la alfarería, pues empezó con gran sencillez y hoy la cerámica nos presenta notables objetos que adornan los ricos salones del potentado. Presentamos en nuestro grabado un taller de alfarería, por hallarse ésta muy en moda.

Idolatría.—La idolatría es la adoración de cualquier objeto que no sea Dios. Todos los pueblos, en la infancia de ellos, cayeron en la idolatría, y el Cristianismo fué el llamado á extirpar este error, siendo muy pocos los pueblos que la conservan todavía. Los antiguos egipcios adoraban los astros, la culebra, el cocodrilo y sobre todo el sagrado buey; los indios orientales adoran el fuego, las aves, las serpientes, y sobre todo, el río Ganges; los antiguos mexicanos tenían multitud de dioses, entre ellos Quetzalcoatl, dios del aire; Huitzilopochtli, dios de la guerra, y otros; pero los más extravagantes en sus adoraciones han sido los africanos, que han adorado hasta las pieles, los palos, las piedras, los trapos viejos: ésto es lo que se ha llamado *fetiquismo*. El indio oriental que hoy se ve en nuestro grabado, está adorando su herramienta, y para que la cosa sea más grotesca, le ofrece un plato de arroz.

Estados Unidos del Norte. El río Hudson.—Este caudaloso río se forma en el condado Essex: corre de Norte á Sur unas ochenta leguas, separando en su curso el Estado de Nueva Jersey del de Nueva York, y desagua en el Océano Atlántico, algo más abajo de la ciudad de este nombre. Es ancho y profundo, navegable hasta Hudson para buques de alto bordo, y hasta Albany para menores embarcaciones. Sobre sus aguas flota una gran batería de vapor para defender la costa, con 800 hombres de guarnición.